en la hilación que existe entre los dos miembros de esta proposición. Tobías fué tentado y afligido con trabajos y calamidades: ¿cuál fué la causa? Porque era acepto a Dios. Según esto las tentaciones vienen a sér como la recompensa de nuestra fidelidad en el divino servicio; y Dios nos las envía, o permite que nos vengan, para que nos volvamos todavía más gratos a sus ojos, y consiguientemente para que seamos más perfectos y santos de día en día. A cada paso vemos confirmada esta verdad, en las Sagradas Escrituras, así del Viejo como del Nuevo Testamento: siendo éste a no dudarlo, uno de los más poderosos motivos de consuelo que tienen los siervos de Dios, en medio de sus penas y trabájos.

Así que, desde el momento en que se entregan al servicio de Dios, lo primero que deben asentar en su corazón como verdad inconcusa, es que si le sirven de todo corazón, si son fieles a sus gracias, si no descuidan nada por hacerse agradables a sus ojos, El las probará con diversos géneros de aflicciones, permitirá que el demonio las tiente, y les enviará humillaciones y persecuciones. Hijo mío: nos dice el Espiritu Santo, por el Sabio [1], *si te resuelves a servir a Dios, prepara tu alma para la tentación.*

Al contrario si observan que después de muchos años empleados en el divino servicio, su alma no ha sido probada con ningún género de tentaciones; si el demonio y los hombres les dejan enteramente tranquilos, entonces si que deberán desconfiar de su virtud y creer que no son tan aceptas a Dios como se figuran.

Es, pues, necesario que la tentación *pruebe* a los verdaderos siervos de Dios. Mas ¿qué significa eso de *probar*? Primeramente significa que con la tentación se hace una experiencia para que se vea bien a las claras cuál es la realidad y solidez de la virtud.

En efecto, ¿qué es una virtud que no ha sido ejercitada? Es una virtud débil y de muy problemático valor, sobre la cual no puede fundarse nada con seguridad. ¿Cuesta acaso mucho caminar cuando Dios nos lleva en brazos? ¿Cuesta mucho hacer

--------

1 Ecli. 2, 1.

oración cuando se está inundado de consolaciones? ¿Cuesta mucho vencerse cuando el atractivo de la gracia nos arrastra, por decirlo así, y apenas da lugar a la menor resistencia de la naturaleza? ¿Es acaso penoso el reposar pacíficamente en el seno de Dios y verse allí al abrigo de los vientos y de las tempestades? ¿Se necesita gran virtud cuando Dios mantiene al demonio a distancia del alma, sin permitir que la ataque, y ordena además que sea respetada de los hombres? Ciertamente no sería difícil la santidad, ni rara, ni costosa a la naturaleza corrompida, si pudiera adquirirse sin esfuerzo, ni combate, ni oposición alguna: y en tal caso, ¿a qué vendría la comparación que establece San Pablo entre los cristianos y los atletas del circo, quienes, después de largos y penosos ejercicios, bajaban a luchar en la arena, llevándose la palma de la victoria sólo a costa de muchos sudores, y, a menudo, de mucha sangre? Convengamos, pues, en que la virtud que no ha sido probada no merece apenas el nombre de virtud.

¿Y qué otra cosa significa *probar*.? Equivale a purificar. Así como se prueban los metales, y se les purifica de toda aleación, metiéndolos en el crisol, asi también se purifica la virtud en la tentación. ¿Y de qué hay que purificarla? De la mezcla de miras interesadas que la envilecen, del amor propio que la degrada y del orgullo que la envenena. Es imposible que la virtud sea lo que debe ser, desinteresada, noble, pura, desapasionada y exenta de toda vana complacencia, si no ha pasado por el crisol de diversas tentaciones. El efecto de cada tentación contra la pureza, por ejemplo, contra la fe o contra la esperanza, es fortificar en nuestra alma estas mismas virtudes y elevarlas a más alta perfección. Las ansiedades y congojas, las sequedades y desolaciones, las repugnancias y tedios, la sustracción de todo consuelo sensible y cierta especie de abandono que experimentamos de parte de Dios, sirven a maravilla para depurar nuestro amor, robustecer nuestro ánimo y acrecentar nuestra fidelidad y nuestra constancia. El efecto de las calumnias, vejaciones, persecuciones y falsas sospechas, debe ser sobreponérnos a todo respeto humano, y al propio tiempo despojarnos de - cierta secreta complacencia que se engendra en nuestro corazón, casi sin sentirlo, cuando nos alaban o se tiene

buena opinión de nosotros. En fin, el efecto general de todas las tentaciones es despegarnos de las cosas de acá abajo, humillarnos a nuestros propios ojos inspirarnos mayor confianza en Dios y mas íntima unión con El.

Podemos, pues, asegurar con toda verdad, que las tentaciones, segun los designios de Dios, son la recompensa, la prueba, la consumacion de la virtud. ¿A que vienen, pues, esos temores y sobresaltos, cuando nos vemos tentados? Si la humildad nos impide desearlas, por parecernos que sería presumir de nuestras fuerzas, el deseo de nuestra perfeccion debería animarnos a desechar ese miedo cerval que nos inspiran, y a no entristecernos cuando vengan, creyendo que ya todo está perdido. Pero dirá alguno: temo pecar, temo perder la gracia y condenarme, y con la tentación me veo expuesto sin cesar a semejante desgracia. Decid más bien que teméis combatir, alcanzar la victoria y ser coronado; por que la corona de la gloria no ha sido prometida, según el Apóstol, sino a los que hayan combatido en buena lid. ¿No veis que ese temor de pecar, que os vuelve asustadizo y pusilánime, proviene de que no atendéis más que a vuestras propias fuerzas y que no contáis bastante con el auxilio divino, con el cual seréis invencible? Concedo que, no mirando más que a vuestra debilidad, la menor tentación bastaría para derribaros; pero no debéis combatirla apoyándoos en vos mismo, sino más bien arrojándonos en los brazos de Dios, a fin de que Él sea vuestro apoyo y vuestro sostén.

¿Pensáis y teméis pecar cuando el brazo del Todopoderoso es el que os sostiene? ¿Qué pueden contra Él todos los hombres y todos los demonios juntos ? ¿Podrán acaso arrancaros de sus brazos a pesar vuestro? ¿Podréis dudar un punto siquiera de que Dios os concederá su poderoso auxilio para vencer esa tentación que Él permite os venga sin haberla vos buscado, o que si os expusisteis a ella fué por orden y disposición suya?

Escuchad a San Pablo; con vos habla cuando dice: *Dios es fiel y no permitirá que seáis tentado más allá de lo que puedan soportar vuestras fuerzas, sino que irá aumentando la gracia, a medida que arrecie la tentación, para que podáis vencerla* [1].

Ponderemos bien estas palabras, pues ellas solas bastarán para llenaros de consuelo y confianza en medio de las más rudas pruebas. *Dios es fiel*; y ha empeñado su fidelidad prometiéndoos su omnipotente socorro, siempre que vuestra alma corra algún riesgo sin culpa vuestra. Además su gloria se halla interesada en ello, puesto que el pecado tiende a arrebatársela. Sabe bien que no podéis nada sin su auxilio y que caeríais indefectiblemente en la tentacion si os abandonara. Si Él os faltase en estos momentos críticos, se faltaría a sí mismo.

*No consentirá que seáis tentado más allá de vuestras fuerzas.* Esta fidelidad de Dios no consiste en sustraernos a la tentación, por cuanto esto equivaldría a privarse a sí de la gloria que de ella ha de resultarle, y privarnos a nosotros de los méritos que alcanzaremos con la victoria; sino que consiste en no permitir que la tentación exceda a nuestras fuerzas. Dios conoce perfectísimamente hasta donde alcanzan nuestras fuerzas, y con su amorosa providencia va moderando la acción del tentador, sin permitirle jamás que nos ataque con más violencia de la que nosotros podremos soportar.

Y no solo esto, sino que *va acrecentando su gracia a medida que crece la tentación; de modo que siempre podemos luchar con ventaja y salir vencedores*. Por manera que Dios nos da más fuerza para resistir., que la que concede al demonio para atacar. Podemos estar, pues, bien persuadidos de que jamás seremos vencidos y derribados por falta del auxilio divino. Si flaqueamos y caemos, será siempre por culpa nuestra: bien porque no hemos sido fieles en corresponder a la gracia, bien porque hemos presumido de nuestras fuerzas o por otras causas; pero suponiendo que no hayamos dado ocasión a nuestra derrota tenemos completamente asegurada la victoria.

Pero, es el caso, me decís, que yo no siento este socorro. ¿Y qué importa que lo sintais o no, con tal de que realmente lo tengáis? Dios ejercita asi mejor vuestra fe. Además, ¿qué tiene de extraño que cuando el demonio excita tempestades en nuestra imaginacion, amotina y subleva nuestras pasiones, obscurece nuestro entendimiento, y sacude violentamente todo nuestro ser, no sintamos ese auxilio que es puramente espiritual y obra en lo mas íntimo de nuestra alma?

Es que creo haber consentido, me replicáis: mas aun, casi tengo de ello completa seguridad.-- Poco a poco: andaos con alguna mas calma en el juzgar de estas cosas por vos mismo: porque os expondríais a engañaros, y daríais quizá pie al demonio para que os embistiera con alguna otra tentación todavía más violenta. Lo más acertado será que suspendáis vuestro juicio y refiráis con toda sencillez lo que os ha pasado a vuestro padre espiritual, aquietándoos con lo que el os diga.—¡Como! ¿tendré que sujetarme al juicio de otro acerca de lo que pasa en mi interior y en lo que está comprometida la salvación de mi alma?—Sí, vuestro padre espiritual tiene luces y reglas seguras para discernir si habeis o no consentido, y vos no teneis ni estas luces ni estas reglas. Dios, que quiere os dejeis conducir por la fe y por la obediencia, permite que no veais claramente lo que pasa en vuestro interior, sobre todo en estos momentos de turbación y de tinieblas.

# XXV

# Cómo debemos portarnos en las tentaciones

Después de haber hablado de la utilidad y aun necesidad de las tentaciones, conviene decir algo acerca de la manera cómo debemos conducirnos en ellas. Es esta una materia sumamente práctica, y a no dudarlo, una de las más importantes en la vida espiritual. Tratados enteros se han escrito acerca de ella: aquí nos limitaremos a lo más esencial.

No a todos combate el demonio con el mismo género de tentaciones, sino que estas suelen ser diferentes segun sea el estado de las personas a quienes combate, y hay que atender a esto con sumo cuidado para poderlas discernir bien. Las tentaciones con que combate al comun de los cristianos, tienden a inducirles al mal bajo la apariencia de algun bien sensible. Estas son fáciles de reconocer, pues claro está que desde el momento en que una cosa nos induce a cometer alguna acción mala, ya sea leve ya grave, es manifiesta tentación del demonio y hay que rechazarla a todo trance. Las personas verdaderamente espirituates y deseosas de la perfeccion, a quienes, de un modo

especial, va dirigido el presente capítulo, no tienen necesidad de largas explicaciones acerca de este particular. Lo único que les advertiré será, que el medio más seguro y eficaz para ponerse al abrigo de tales tentaciones y no ser cogidos en ellas, es vivir siempre atento a las inspiraciones de la gracia y firmemente resueltos a evitar no solo el pecado mortal y las ocasiones que a , él nos conducen, sino también el pecado venial, y aun todo aquello que conozcamos desagrada a su Divina Majestad. Quien haya formado esta generosa resolución y sea fiel en cumplirla, o al menos trabaje de veras en conseguirlo, no será fácilmente sorprendido ni cogido en este género de tentaciones, que no tienen otro fundamento sino la indeterminación de la voluntad, que anda por decirlo así flotante entre la virtud y el vicio.

En los comienzos de la vida espiritual, cuando el alma se ha entregado de lleno a Dios y al ejercicio de la virtud, suele el Señor dejarla en paz por algún tiempo, y no permite, de ordinario, que el demonio la turbe gran cosa, a fin de que vaya fortaleciéndose en la virtud, tome fuerzas espirituales y esté mejor dispuesta para resistir los futuros ataques del enemigo. Mas como por otra parte la virtud tiene necesidad de ejercicio para afirmarse y arraigarse más y más en el alma, dispone Dios, o al menos permite, que vengan tentaciones sobre ella; bien sea para probarla y ejercitarla como hemos dicho, bien para curarla de cierta secreta complacencia que experimenta, considerando como cosa propia lo que es pura dádiva de Dios; ora en castigo de sus descuidos en el servicio divino, ora por otros motivos que no es del caso enumerar.

El objeto de semejantes tentaciones suele ser:

1.° -Persuadirnos a que dejemos de hacer una cosa buena so pretexto de que la hacemos mal. Por ejemplo, el demonio intentará apartar al alma de la comunión, por el temor de.comulgar indignamente, o so pretexto de que no se aprovecha de ella cual debiera. Semejante temor no es más que una aprensión vaga que el demonio imprime en la imaginación, y debe despreciarse. Procede esta tentación de que querrían experimentar y ver con vista de ojos, como suele decirse, el fruto que sacan de las comuniones, lo cual es sencillamente un disparate.

2.° Apartarnos de alguna obra buena con el pretexto de que perdemos en ella el tiempo y fomentamos la ociosidad. Esto sucede principalmente tratándose de la oracion. Cuando no se tiene en ella abundancia de consideraciones y afectos, antes al revés, se ve uno como agobiado de distracciones y aun tentaciones, intenta persuadirle Satanas que se está alli perdiendo el tiempo miserablemente, que mejor sería emplearlo en alguna otra ocupación más provechosa, puesto que es inútil empeñarse en un ejercicio superior a sus fuerzas espirituales. Es esta una tentación muy peligrosa, como observa Santa Teresa de Jesús, quien confiesa de sí con humildad que durante una larga temporada la tuvo el demonio engañada con ella. Persuadámonos de que aunque estemos en la oración mas secos que un palo, sin experimentar gusto ni consuelo alguno, no dejará de producir efectos saludables a nuestra alma, si perseveramos en ella con humidad y confianza.

3.° Suele tambien el demonio tentar a las personas espirituales, por el lado de la obediencia; ora infundiendo en su espíritu impresiones y sospechas malignas acerca de su director espiritual ó superior, ora persuadiéndolas que se equivoca en la manera de dirigirlas,o que abusa de su autoridad. Acerca de esto sólo quiero- advertir: que cuándo se tienen pruebas suficientes de que el director es persona prudente, discreta e ilustrada, y que se guía por el espíritu de Dios, es preciso obedecerle en todo como al mismo Dios, sin permitirse jamás juzgarle, ni dar oídos a ninguna sugestión maligna que pueda empañar la buena opinión que se tiene de él. Hay que exceptuar solamente el caso en que fuera de una evidencia palmaria y notoria que el director se porta mal, ordenando lo que excede sus facultades, o que es contrario a la ley de Dios, como sería, por ejemplo, si nos mandara cometer una falta por leve que fuere.

A las veces permite Dios, aun tratándose de almas muy adelantadas en la virtud, cierta clase de tentaciones molestísimas, que con más propiedad podríamos llamar vejaciones del demonio. Como el Señor quiere fundar bien en la humildad y propio conocimiento a esas almas, da licencia al maligno espíritu para que las sugiera violentas tentaciones contra la pureza, contra la fe, la esperanza y la caridad con Dios y con el prójimo:

permite que se realice en ellos una como sublevacion y desencadenamiento universales de todas sus potencias, y hasta permite ciertas impresiones y actos externos, aparentemente pecaminosos, en los cuales cree el alma haber consentido, aunque ande muy lejos de ello. En tales trances más que nunca, necesita el alma un director hábil y experimentado al cual obedezca ciegamente, rindiendo su voluntad y propio juicío: porque anda entonces tan hondamente perturbada, son tan espesas las tinieblas que envuelven su inteligencia, que se halla de todo punto incapacitada para juzgar rectamente acerca de lo que pasa en su interior, y es preciso, a todo trance, que se someta al juicio de otro. Lo que si debe procurar, la persona que así se ve tentada, es no ocultar nada a su director; sino referirle con fidelidad y sencillez, sin miedo ni falso rubor, todo lo que experimenta. Una vez hecho esto, aténgase humildemente a lo que el decida y ponga en práctica los consejos que le dé, sin averiguaciones de ninguna especie, por mas que le asalte el temor y la duda de si se habrá expresado bien o si la habrá comprendido, u otras cosas por el estilo. Tal situacion de espíritu es, a decir verdad, penosisima, por las terribles perplejidades que engendra en la conciencia, que se ve como estrujada y aturdida. Con todo, Dios permite semejantes vejaciones del demonio para mayor provecho del alma: para que conozca mejor su profunda miseria y bajeza, se purifique más y más de la escoria de las bajas pasiones, desconfie de si misma, reprima todo movimiento de amor propio y ponga toda su confianza en Dios. Mas para conseguir estos frutos preciosísimos, es preciso tener una obediencia ciega y una fidelidad y sujeción inquebrantables.

Además de lo dicho acerca de la manera de portarse en las diversas tentaciones, hay que tener presente algunas reglas generales que deben observarse antes de ser tentado, mientras dure la tentación y después que ésta se haya desvanecido.

Antes de la tentación hay que procurar no tener excesivo miedo a las tentaciones, ni andar a todas horas preocupado con la idea de si me tentara el demonio en esto o en aquello, o en lo de mas allá. Claro está que siempre hemos de estar prevenidos y aparejados para resistir con prontitud y energía las tentaciones

que el demonio, o nuestra sensualidad, o los objetos exteriores susciten contra nuestra alma: pero la más excelente preparación y las mejores disposiciones para resistirlas siempre con exito y vencerlas, son: ilimitada confianza en Dios Nuestro Señor, fidelidad inviolable a la gracia, ánimo generoso y varonil para combatirnos y vencernos a nosotros mismos en todas las cosas: porque cuanto la naturaleza este mejor domada, tanta menor fuerza tendrá la tentacion sobre nosotros. El demonio es fuerte contra nosotros, precisamente porque le dejamos encastillar en la fortaleza de nuestra sensualidad o amor propio.

En el tiempo de la tentación es preciso dejarla pasar como una nube tempestuosa, estar bien resuelto a no ofender ni disgustar a Dios y no aflojar poco ni mucho en las ocupaciones ordinarias o en los ejercicios de piedad. Aunque nos viéramos asaltados de los pensamientos mas horribles en la oración, no hay que dejarla hasta que se haya cumplido el tiempo prescrito. Mucho menos hay que renunciar a la comunión, con el pretexto de los pensamientos impuros o blasfemos que nos asedien en aquel momento. De ordinario este es el tiempo que el demonio elije para atormentarnos. Formemos la firme resolución de no cederle el campo nunca por más violencias que sobre nosotros ejerza. *Resistid al diablo,* dice el Apostol Santiago, *y huirá de vosotros*. Nada puede contra un alma que le resiste a pie firme; y al fin no le queda más remedio que huir de ella, mohino y confuso.

Si el director espiritual os húbiera prescrito alguna práctica para el tiempo de la tentación, ateneos a ella fielmente, porque Dios bendice siempre la obediencia.

Después que haya cesado la tentación, conviene aquietar y serenar el espíritu y no ponerse al punto a investigar si se ha consentido o no: tales averiguaciones sólo servirían tal vez para turbarnos y desalentarnos, y aún quizás suscitarían de nuevo la tentación. Es muy difícil discernir en muchas ocasiones, si el alma ha resistido o sucumbido interiormente a la tentación, y ademas entonces no se tiene la serenidad suficiente para ello. La conducta habitual que el alma observa fuera de la tentación, es, en caso de verdadera duda, el mejor indicio para decidir si hubo victoria o derrota. Si ella es humilde, dócil y obediente, exacta

en el cumplimiento de sus deberes, puede darse casi por seguro que no sucumbió, y conforme a esta regla debe el confesor fallar y tranquilizar el alma, si hay necesidad de hacerlo. Conviene, pues, que ésta le rinda cuenta minuciosa de lo que ha experimentado, sin aumentar ni disminuir nada, dando por cierto lo que a su entender crea cierto, y por dudoso lo que crea dudoso. Lo demás toca al director.

Lo que a todo trance debe evitar es entretenerse en revolver con el pensamiento la tentación y sus circunstancias. Sólo debe pensar en esto cuando haga el exámen para confesarse: y aun entonces, si nota que se le alborota la imaginación, déjelo correr y no piense más hasta que llegue el momento de manifestarlo al confesor.

# XXVI

## De la generosidad en el servicio de Dios

Hay dos maneras de generosidad, la una natural y la otra sobrenatural: ambas nos vienen de Dios, y la primera nos dispone admirablemente para la segunda. Para emprender de veras la senda de la virtud, andar por ella sin desfallécimientos y perseverar hasta el fin, se necesita gran generosidad; por que esta senda se reduce a una serie de sacrificios cada vez mayores y más difíciles. Así pues, todas las almas a quienes Dios llama a la santidad, poseen cierta nobleza de sentimientos, que las hace superiores a los bienes de la tierra; y al propio tiempo cierta ternura de corazón, que las hace sensibles a las miserias de los demás, y las induce a sacrificar parte de lo suyo para aliviarlas. Pues bien, de la reunión de estas dos cualidades, nobleza de sentimientos y ternura de corazón, nace la generosidad.

Un alma de bajos sentimientos y aficionada a los bienes de este mundo, un alma dura e insensible a los males de sus

prójimos, no será nunca verdaderamente generosa; podrá tal vez abrazar la vida devota, llevada de miras interesadas y con el solo fin de no condenarse, pero siempre será menguada, egoísta y rastrera: dará a Dios lo estrictamente necesario, y a más no poder, sin que llegue jamás a formarse idea siquiera de los grandes sacrificios que se imponen las almas generosas en el servicio de su divina Majestad.

Mas aunque la generosidad natural sea muy preciosa disposición para la generosidad sobrenatural, hay sin embargo gran distancia de la una a la otra; ora se las considere en si mismas, ora en sus motivos.

La generosidad natural consiste solamente en dar a los demás una parte de lo que tenemos; mientras que la generosidad sobrenatural nos impele a dar a Dios no sólo lo que tenemos, sino también lo que somos y aun todo cuanto somos, podemos y valemos; pues nos impulsa a sacrificarle nuestra inteligencia, nuestra voluntad, nuestra libertad, nuestra salud, nuestra vida y nuestra reputacion; a consentir en una palabra, en el aniquilamiento y destrucción total de nuestro amor propio para ser enteramente poseídos e informados por el amor de Dios.

Ahora bien, como observa San Gregorio[1], tal vez podrá suceder que no le sea al hombre muy penoso desposeerse de todos sus bienes, pero siempre le resulta penosísimo despojarse de si mismo y renunciarse en todo; tanto que sin gracias muy especiales de Dios y sin los mayores esfuerzos de generosidad, no lo conseguirá jamás. Parece que ya todo está arreglado, cuando en ciertos movimientos de fervor sensible, se da uno a Dios de todo corazón, protestando que se está pronto a pasar por todas las pruebas, a sufrirlo todo, a sacrificarlo todo por su amor. Pero todo aquello no pasa de ser muchas veces sino un sacrificio imaginario, al cual estamos tal vez solamente dispuestos y preparados, más el sacrificio verdadero es otra cosa muy diferente.

Cuando Dios quiere de veras introducirnos en la vía de los sacrificios reales retira de ordinario los consuelos sensibles; permite que experimentemos repugnancias, rebeliones de la natura-

---------

1 Homil. 32 in Evang. Fortasse laboriosum non est homini relinquere sua; sed valde laboriosum est relinquere semetipsum.

leza y una especie de sublevación general del amor propio. Se siente entonces una aversión inexplicable a lo que Dios exige de nosotros, trábase un violento combate en nuestro interior, que reduce al alma a una especie de agonía. Se desea que el cáliz pase de nosotros; ruégase a Dios con instancia que así lo disponga; en una palabra, la naturaleza resiste a su destrucción con todas sus fuerzas. A pesar de todo la voluntad, sostenida por la gracia de una manera poderosa aunque imperceptible, permanece inquebrantable en su conformidad con el divino beneplácito, recibe los golpes que contra ella descarga Dios nuestro Señor y siente toda su violencia, pero los soporta con valor y no se deja abatir.

Alguna vez, en el momento de recibir el golpe, el alma está sosegada, animosa y contenta; pero enseguida se apodera de ella la turbación, alborótase la imaginación, rebélase el amor propio; y estas agitaciones interiores la fatigan, la acosan por todos lados y no se apaciguan sino después de un lapso de tiempo más o menos largo, según plazca a Dios prolongar o acortar aquella prueba y combate. Reanúdase ésta una y otra vez, con iguales o parecidas circunstancias, hasta que el alma se halle en perfecta posesión de sí misma, respecto al objeto de que se trata. Entonces Dios la sujeta a otra prueba y a otra; con lo cual, de sacrificio en sacrificio, se llega a la consumación.

Más ¿por qué permite Dios esas repugnancias y rebeldías interiores, ora sea antes ora después del sacrificio? Por muchas razones y todas ellas muy dignas de su sabiduría infinita. Primeramente las permite para que el alma aprenda a conocerse y vea con vista de ojos cuánta es su poquedad y malicia, cuán rebelde y refractaria a todo lo bueno, e incapaz por si sola del menor esfuerzo de generosidad. Con esto la mantiene profundamente humillada y abatida. Si Dios no hiciera sentir al alma la suma dificultad que hay en el ejercicio de las virtudes y cuánto cuesta su perfecta adquisición, habría gran peligro de que se viera después tentada de vana complacencia y atribuyera a sus propias fuerzas lo que depende del auxilio divino. En segundo lugar, de este modo conoce mejor el alma la excelencia y valor incalculable de la gracia y cuánta necesidad tiene de confiar únicamente en Dios, ya que no halla en sí ningún apoyo,

ni fuerza alguna. En tercer lugar, cuanta más resistencia experimenta en el ejercicio de la virtud y cuantos mayores obstáculos tiene que vencer, tanto es mayor su mérito; cuanto más recia es la batalla, más decisiva es la victoria y más en frenada queda la naturaleza: Dios es entonces más glorificado y el demonio mejor confundido. Finalmente, en estas batallas espirituales, adquiere el alma mayores luces y experiencia en lo tocante a las cosas de la vida interior.

Como todo nuestro esfuerzo y generosidad viene de Dios, este Señor la oculta a nuestras miradas; no fuera cosa que pretendiéramos arrebatarle la gloria que sólo a El pertenece.

Por lo poco que acabamos de indicar se entenderá fácilmente cuánta es la diferencia que hay entre la generosidad natural y la sobrenatural, y que ésta se ejercita en cosas que nos tocan muchísimo más de cerca y cuya renuncia exige, de nuestra parte, esfuerzos y sacrificios incomparablemente superiores a los que supone el ejercicio de aquélla.

Pero si tanto difieren entre si la generosidad natural y la sobrenatural, no son menos diversos los motivos que las animan. En efecto, en el ejercicio de la generosidad natural, se nos entra casi siempre un no sé qué de amor propio, y aún a veces buscamos en ella la propia satisfacción y nos dejamos llevar de la vanidad y el orgullo. Fácilmente se cree uno superior a aquellos a quienes dispensa favores, y se complace interiormente al ver que posee cierta nobleza de sentimientos que le elevan sobre el común de los hombres; se nutre el amor propio con las alabanzas que esto le proporciona, se da uno el parabién a sí mismo y se goza con cierta complacencia interior, que le indemniza superabundantemente de los sacrificios que haya podido costarle el ejercicio de su generosidad natural.

Ninguno de éstos motivos mancilla el ejercicio de la generosidad sobrenatural. El amor propio no encuentra en ella pábulo alguno, puesto que precisamente se ejercita a sus expensas y muy a pesar suyo. Tampoco entra para nada el propio interés, por cuanto la generosidad nos induce a sacrificarlo a los intereses de Dios. Las victorias sobre nosotros mismos nos cuestan tan caras y nos resultan tan penosas, que no hay resquicio por donde se nos entre la vanidad. Las humillaciones

interiores y exteriores nos garantizan contra el orgullo y los vanos aplausos de los hombres. Todo es en ella, para Dios, sólo para Dios; y esto es precisamente lo que imprime a esa generosidad un carácter sublime y divino que no puede ser sino efecto de la gracia.

Cuando Dios quiere exigir al alma grandes sacrificios, comunícala siempre una generosidad proporcionada a ellos; la ensancha el corazón, eleva sus sentimientos, infúndela altísima idea de lo que El se merece, le da a conocer que todo lo que ella puede hacer en su servicio, es nada y menos que nada; que es además pura dignación y bondad de parte suya aceptar lo que le ofrece; que toda la gloria que pudiera procurarle el anonadamiento voluntario de todas las criaturas racionales, nada añadiría a su grandeza ni a su felicidad; en fin, que es un honor inestimable el que nos dispensa, cuando se digna recibir nuestras ofrendas y sacrificios.

Penetrada de tales ideas, ve claramente el alma que hasta entonces nada ha hecho por Dios y concibe un deseo inmenso de consagrarse toda entera a El; mas puesto caso que todo lo que ella podría hacer y sufrir por Dios, es indigno de El, suplícale se digne glorificarse en ella de la manera que mejor le plazca, y con esta mira se entrega totalmente a El. Desde ese momento su corazón se ensancha más y más y se convierte en instrumento adecuado a la grandeza de los designios de Dios, en cuanto le es dado alcanzarlo a una criatura flaca y miserable. El yugo de los mandamientos y aun el de los consejos evangélicos, que parece tan pesado y penoso al común de los cristianos ordinarios, se le convierte en suave y ligero; admirase de que Dios le pida tan poco y quisiera hacer por su amor mil veces más. Esto era lo que David experimentaba cuando decía: *He corrido por la senda de vuestros mandamientos desde que habeis dilatado mi corazón.* Antes caminaba penosamente y a costa de redoblados esfuerzos; parecíale el camino demasiado áspero y estrecho, porque su corazón era mezquino y encogido. Al presente en que Dios ha tomado posesión de su corazón y le ha comunicado algo de su inmensidad, no anda ya, sino que corre, vuela, sin que haya dificultad ni obstáculo capaz de retardarla en su veloz carrera.

Tan cierto es que en el servicio de Dios todo depende de la disposición del corazón, y que lo que parece mucho a un alma egoísta y mezquina en sus aspiraciones, es nada para otra alma generosa que ha salido de sí misma para ser toda de Dios. Pidamos, pues, al Señor nos conceda esa envidiable generosidad en su divino servicio. Roguémosle que no permita seamos de aquellos corazones entecos y raquíticos, que andan a todas horas tanteando y calculando a lo que les obliga estrictamente el divino servicio, sino que al contrario pertenezcamos al número de aquellas otras almas nobles y generosas que quieren a todo trance adelantar más y más en el servicio de su divina Majestad; que anhelan servir a Dios como El merece ser servido, con toda la fidelidad y perfección posibles. Para llegar a esto no hay más que un solo medio: despojarnos enteramente de nosotros mismos y revestirnos del espíritu de Dios. Pidámosle pues esta gracia y trabajemos incesantemente para conseguirla, puesto que de ella depende la mayor gloria de Dios y nuestra propia perfección. Seamos inviolablemente fieles a las divinas inspiraciones, porque cuanto menos nos dejemos llevar de nuestro propio espíritu, mejor seremos conducidos y guiados por el espíritu de Dios. Seamos en fin generosos con su divina Majestad, no a nuestro modo; sino a la manera como El lo es con nosotros.

# XXVII

## De la obediencia

Entre todas la virtudes morales la más difícil, y cuya práctica cuesta más a los hombres, es la obediencia.

Sacrificar su voluntad, sacrificar el propio juicio, depender de otro no solamente en la manera o forma de obrar, sino hasta en el modo de pensar y de juzgar; y esto no sólo en cosas indiferentes, o de poco momento, sino aun en aquellas que se

relacionan con la salvación y la santidad, es para el hombre, una cosa más difícil que las privaciones, los ayunos y las austeridades. La obediencia ataca al hombre en lo que tiene de más íntimo, o sea, en su libertad, en el derecho de disponer de sí mismo; ataca al amor propio en lo que parece tener de más razonable y legítimo.

A la verdad, ¿qué cosa, al parecer más razonable que juzgar de las cosas según la propia razón, guiarse por las propias luces y no conformarse con el juicio de otro sino después de muy pesado y examinado? ¿Qué cosa más repugnante puede haber que sujetarse a la autoridad de otro en lo que mira a nuestra conducta, no hacer nada sin su beneplácito y acomodarse en todo a lo que él aconseja u ordena, sin oponerle resistencia alguna, ni siquiera interior? Este sacrificio es sin contradicción el más grande que pueda hacerse; el más universal, puesto que se extiende a todos los momentos de nuestra vida: es finámente el más trascendental, puesto que tiene por objeto la vida futura y nuestra felicidad eterna.

Y sin embargo éste es el sacrificio que Dios exige de toda alma que aspira a la perfección. Sí, lo exige como una condición sin la cual no alcanzará ni la virtud ni la santidad verdadera. Por más esfuerzos que haga, si el alma sigue su propia voluntad, si se dirige por su propio juicio, si pretende continuar siendo dueña de sus actos, no agradará del todo a Dios; porque el amor propio, el espíritu propio, pervertirá sus obras. Dios declaró a los judíos, por uno de sus Profetas, que sus ayunos no le complacían poco ni mucho, por ir manchados por la propia voluntad. Y por esto dijo Samuel a Saúl: *¿ Por ventura el Señor no estima más que los holocaustos y las víctimas, el que se obedezca a su voz? La obediencia vale más que los sacrificios y el ser dócil a sus mandatos importa más que el ofrecerle las más preciosas víctimas* [1]. Estas palabras son muy significativas, pues nos dan a entender con toda claridad que lo que da principalmente valor a nuestras obras es la obediencia; puesto que los mismos actos de religión, de suyo excelentes, le desagradan y los desecha, cuando son contrarios a lo que El manda. Que no hemos de servir a Dios como a nosotros se nos antoje, sino como El quiere que le sirvamos.

Dios exije, pues, esta virtud como la más agradable a sus ojos y de la cual depende principalmente el mérito de las demás. Hablando en rigor, con las otras virtudes el hombre da a Dios todas sus cosas, pero no se da a sí mismo; puesto que reserva para sí lo que Dios más aprecia y exige de su criatura ante todo y sobre todo. Mas por la obediencia se da el hombre a sí propio todo entero, porque nada reserva para sí aquel que inmola a Dios su misma libertad y quiere depender de El en todas las cosas.

Pero, se dirá, para depender de Dios ¿es acaso preciso obedecer al hombre? ¿No basta y sobra que sea yo fiel a las inspiraciones de la gracia por medio de la cual habla Dios a mi corazón? Respondo en primer lugar que la gracia y la inspiración divina os llevarán a someteros al hombre, porque tal ha sido el orden establecido por Dios; el cual, tanto en lo espiritual como en lo temporal, nos gobierna por el ministerio de otros hombres, revestidos de su autoridad. En segundo lugar, ¿quién no sabe que nada hay tan peligroso, ni tan sujeto a ilusión, como el constituirse juez de las inspiraciones divinas? Guiándonos por este criterio es segurísimo que nos extraviaríamos, tomando por voluntad de Dios lo que sería puro antojo de nuestra fantasía, o quizás sugestiones del amor propio. Finalmente tal disposición de espíritu supondría un orgullo refinado y una presunción incalificable, que Dios castigaría terriblemente, abandonando a su réprobo sentido a aquel que rehusara someterse a la autoridad que el mismo Dios ha instituido para guiarle.

¿Y por qué, diréis tal vez, por qué he de someterme yo a un hombre que después de todo puede equivocarse y extraviarme? El hombre al cual os someteis, tiene las veces de Dios, no podéis dudarlo; está colocado por Dios para guiaros en los caminos de vuestra salvación. Si de buena fe os ponéis bajo su dirección con la mira de obedecer a Dios, debéis creer que Dios le iluminará y os dara por su boca las instrucciones que os sean necesarias. Debéis creer que el Señor no permitirá jamás que os extravíeis andando por el camino que El mismo os ha trazado, puesto que está su providencia comprometida en preservaros de

----------

1 I Reg. 15, 22.

error. Ademas partimos del supuesto de que el director espiritual o el legítimo superior, ni con sus palabras, ni con su conducta, da motivo alguno razonable para sospechar ni de su fe, ni de su piedad, ni de sus costumbres, ni de su capacidad; encaso contrario habría que abandonarlo. Pero cuando tengáis la seguridad moral de que es piadoso, discreto e ilustrado, debeis abandonaros enteramente a su dirección, sin temor de correr peligro alguno ni en lo tocante a vuestra salvación, ni tampoco en lo relativo a vuestra perfección. Dios no permitirá que se engañe en nada esencial, rectificará con su sabia providencia las pequenas equivocaciones en que acaso caiga, de modo que no perjudiquen ni a él ni a vos. Hay que tener acerca de este particular ideas bien claras y fijas, pues de lo contrario nos hallaríamos a cada paso envueltos en dudas, inquietudes y escrúpulos; los fundamentos de la obediencia nada tendrían de sólidos y firmes, y nos sería imposible sostenernos en medio de las tentaciones y pruebas, en las cuales quiere Dios que sacrifiquemos y sometamos entera mente nuestro juicio al del director espiritual o superior.

El camino de la obediencia es, pues, no solo seguro, sino el único verdaderamente seguro, el único cuya seguridad nos garantiza el mismo Dios y al cual tiene vinculadas sus gracias y sus bendiciones. Andando por él tiene el alma certeza absoluta de no extraviarse, porque a cada paso que dé puede tranquilizarse diciéndose a si misma: Yo no obro por mi capricho; yo no sigo mi propia voluntad, yo no me gobierno por mis decisiones; Dios es el que decide, el que me gobierna por medio de aquel que es, para mí, su representante. Estoy más seguro de hacer la voluntad de Dios siguiendo la obediencia, que si Dios mismo me hubiese hablado; porque yo pudiera engañarme y tomar por voz de Dios las sugestiones del demonio o de mi imaginación; mientras que es moralmente imposible que yo me engañe, tomando como ordenado por Dios lo que me prescribe la obediencia. ¡Qué paz tan grande y cuánta tranquilidad no infunde en el alma semejante seguridad!

Este modo de proceder, como ya dijimos antes, comunica incomparable mérito a las cosas más pequeñas hechas por el motivo formal de la obediencia; porque aun en las cosas mí-

nimas se encuentra algo realmente grande, a saber: el sacrificio de la propia voluntad. Donde quiera no se interponga de por medio nuestra propia voluntad, Dios ve la suya; y allí donde ve la suya ¿podrá haber nada que no le sea sumamente agradable?

Esta es también la senda que nos conduce al propio anonadamiento, por la cual se llega a adorar a Dios en espíritu y en verdad, y al perfecto holocausto de nosotros mismos. En efecto; ¿que le queda al hombre después que ha renunciado a su juicio y voluntad para conformarla con la de su superior? ¿Que reserva para sí? Nada; todo queda sacrificado, todo queda inmolado. Dios lo posee todo, porque posee la libertad de su criatura y dispone de ella como de un bien propio.

El mérito de obedecer al hombre, en cuanto es representante de Dios, es tan grande, que sobre puja al de obedecer al mismo Dios en persona; por que si yo viese a Dios, si El me intimase inmediatamente su voluntad, no tendría el mérito de la fe, y no me costaría nada sin duda el someter mi juicio y mi voluntad a la de Dios.

Ademas el ejercicio de la obediencia encierra en sí, de un modo eminente, la práctica de todas las demás virtudes; nos vuelve invencibles al demonio, nos eleva por encima de todas las tentaciones y de todas las pruebas y atrae sobre nosotros las gracias, del cielo. Dios no rehusa nada a un alma obediente; se complace en ella y la colma de sus más preciosos dones.

La obediencia es, por consiguiente, el camino abreviado de la perfección. Aficionémonos a ella de una manera especial. No despreciemos nada de lo que ella nos prescribe. Guardémonos mucho de discutir, y menos aun reprobar interiormente, lo que nos manda la santa obediencia: no pretendamos jamás traer la voluntad del superior a la nuestra, porque, como nota San Bernardo, "quien quiera que, descubierta o mañosamente, procura que su padre espiritual le ordene lo que el quiere, él mismo se engaña si se tiene y alaba de obediente con vana lisonja; porque en aquello no obedece él al Prelado, sino el Prelado a él". Cautivemos y sujetemos nuestro entendimiento, como aconseja San Ignacio de Loyola; "y presuponiendo y creyendo, en un modo semejante al que se suele tener en cosas de fe, que todo lo que el superior ordena, es ordenanza de Dios

nuestro Señor y de su santisima voluntad, a ciegas, sin inquisición alguna, procedamos con el impetu y prontitud de la voluntad deseosa de obedecer, a la ejecución de lo que se nos manda. Este modo de sujetar el juicio propio, es usado de los santos, y debe ser imitado de quien quiera perfectamente obedecer en todas las cosas donde pecado no se viese manifies tamente. Con esto no se quita, añade el mismo santo, que si alguna cosa se os representase diferente de lo que al superior, y haciendo oración os pareciese, en el divino acatamiento, convenir que se le representásedes, que no lo podais hacer. Pero si en esto quereis proceder sin sospecha del amor y juicio propios, debeis estar en una indiferencia, antes y después de haber representado, no solamente para la ejecución de tomar o dejar la cosa de que se trata; pero aun para contentaros más y tener por mejor cuanto el Superior ordenare"[1]

Imitemos, finalmente, a nuestro divino modelo, Jesucristo, el cual fue obediente hasta la muerte y muerte de cruz [2]. No bajé del cielo para hacer mi voluntad, nos dice el mismo Jesucristo [3] sino la de mi Padre celestial: y desde su nacimiènto hasta su último suspiro no se aparto un punto de la voluntad de su Eterno Padre, sino que le complació, en todo. Quae placita sunt ei facio semper [4]. ¡Ojala pueda decirse otro tanto de nosotros, a contar desde el momento en que nos hemos entregado enteramente al servicio de Dios!

---------

1 Carta sobre la obediencia
2 Philip 2, 8.
3 Jn. 6, 38.
4 Jn. 8, 29.

# XXVIII

## De la humildad

Aprended de mí que soy
manso y humilde de corazón
y hallaréis descanso para
vuestras almas.

Mt. 11, 29..

La mansedumbre es fruto de la humildad cristiana; y por esto Jesucristo junta aquí estas dos virtudes, porque la una es consecuencia de la otra. Todo hombre humilde de corazón, es manso; y todo aquel que carece de humildad, carece también de mansedumbre, que es madre de la humildad. Así como el orgullo es madre de la presunción, dice San Bernardo, así la verdadera mansedumbre sólo puede proceder de la humildad verdadera [1].

¡Cosa singular! Jesucristo no nos dice que aprendamos de Él otras virtudes que estas dos: Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón. ¿Por qué esto? ¿Hay acaso alguna virtud que no podamos aprender de Jesucristo? Indudablemente que no; pero quiso enseñarnos con esto en cuánta estima tenía la humildad, puesto que nos la presenta como el compendio y consumación de toda su vida y doctrina y de toda perfección evangélica. No dijo como observa San Agustín[2]: "aprended de mí a fabricar los cielos y la tierra; aprended de mí a hacer maravillas y milagros, sanar enfermos; echar demonios y resucitar muertos, sino aprended de mi a ser mansos y humildes de corazón". Como si dijera: Esta es mi virtud predilecta mi propia virtud y la que prefiero a todas las demás.

Toda la vida de Cristo en la tierra fué una lección elocuentísima de todas las virtudes, pero especialmente de la humildad. Siendo

-----------

1 Sicut mater praesumpitionis est elatio, sic mansuetudo vera, non nisi ex vera humilitate procedit. Serm. 2, in Apoc. XII.

2 De verbis dominis, sec. Matth.

Dios por naturaleza, abajóse y anonadóse tomando la forma de siervo; vivió toda su vida humillado y abatido, y murió rodeado de afrentas, humillaciones y desprecios en un madero infame, como si fuera el peor de los malhechores. Quiso, dice San Basilio, nacer de madre pobre en un establo, ser envuelto en unos pobres pañales, reclinado en un pesebre: quiso ser circuncidado como pecador, venir a Egipto como flaco, y ser bautizado entre publicanos y pecadores como uno de ellos; después, en el decurso de su vida, quiérenle honrar y levantar por Rey, y escóndese; y cuando le quieren afrentar y deshonrar, entonces se ofrece; ensalzanle los hombres, aun los endemoniados, y mándales callar; y cuando le escarnecen y dicen injurias, no habla palabra. Y al fín de su vida, para dejarnos más encomendada esta virtud de la humildad, la confirmó con aquel maravilloso ejempló de lavar los pies a sus discípulos, y con aquella muerte tan afrentosa de la cruz, como una víctima voluntaria de todas las iniquidades del mundo.

Es imposible que nosotros seamos humildes en el mismo sentido en que lo fué Jesucristo, el cual, siendo digno de toda honra y excelencia, se abajó y anonadó a sí mismo tomando la forma de siervo.En nosotros la humildad consiste en colocarnos en el lugar que nos corresponde en la presencia de Dios, o sea en tenernos en lo que somos, ni un punto más ni un punto menos; porque, como observa agudamente Santa Teresa de Jesús: " la humildad es andar en verdad; que lo es muy grande no tener cosa buena de nosotros, sino miseria y ser nada: y quien esto no entiende anda en mentira" [1]. Siendo, pues, nada de nosotros mismos, no podemos abajarnos ni ponernos en un lugar inferior al que nos corresponde. Pero si a la nada que somos de nosotros mismos añadimos el pecado original y los pecados personales, no sólo no somos nada, sino que además nos hemos hecho dignos de la maldición de Dios y de los suplicios del infierno, dignos de todo desprecio y de toda humillación y como tales inmensamente más bajos que la nada. ¿Cuál será, pues, el estado, por humillante que sea, que no lo hayamos merecido? Poniéndonos al nivel de la nada, no conse-

--------

1 Moradas 6, c. 10.

guiríamos más que hacernos justicia, aún cuando no fuéramos culpables de pecado alguno. Aceptando el ser tra tados por Dios y por las criaturas como lo merece un pecador, nos haríamos también justicia,aunque sólo hubiésemos cometido un pecado mortal. ¿Cómo, pues, nos atrevemos a ensoberbecernos y engreirnos con nuestra propia estimación, siendo, como somos tal vez, responsables de una muchedumbre innumerable de pecados mortales? Reconozcamos humildemente que estamos tan bajos, que es imposible bajarnos más. Reconozcamos que en el orden natural y en el orden sobrenatural, en esta vida y en la otra, no hay confusión, desprecio, ni ignominia que no sea inferior a lo que hemos merecido. Y cuando hayamos reconocido esto, con toda la rectitud de nuestro corazón; cuando hayamos soportado todas las humillaciones que merece una criatura culpable; cuando nos hayamos reconocido por muy dignos de tales humillaciones, todavía nos veremos constreñidos a confesar que al someternos a todo esto, no hacemos otra cosa que aceptar lo que merecemos en justo castigo de nuestras faltas y pecados.

Y si todo esto es verdad, si nada hay tan evidente, segun los principios de la fe, ¿de dónde proviene ese desmesurado orgullo que no puede sufrir ni de parte de Dios, ni de parte de los hombres, la menor sombra de desprecio, ni el menor desaire aparente? La sola idea de ser despreciados y humillados nos subleva, nos turba y nos saca de quicio; no llegamos a persuadirnos que el despreciarnos es devolvernos lo que se nos debe, y que cuantos menosprecios y humillaciones puedan sobrevenirnos, serán siempre inferiores a las que hemos merecido. Evitamos con exquisito cuidado todo aquello que pueda hacernos perder la vana estimación de los hombres, sacrificamos nuestros deberes, las divinas inspiraciones y las más vivas y más seguras luces de la conciencia, al temor de una burla, de un falso y despreciable juicio que se forme sobre nosotros. Nos parece que el más penoso esfuerzo de la virtud consiste en aparecer a los ojos del mundo tales cuales somos interiormente a los ojos de Dios, y nos creemos impotentes para realizar este esfuerzo, faltando en mil ocasiones a nuestras más firmes promesas y resoluciones. ¡Cuanto orgullo! ¡cuánta

injusticia e insensatez la nuestra, en no poder llevar en paciencia que los demás nos tengan en lo que somos y formen el mismo concepto que en nuestro interior hemos formado de nosotros mismos! Y si al menos nos ruborizáramos de esta soberbia y nos humilláramos al re flexionar sobre ella, menos mal; pero sucede todo lo contrario: que nos vanagloriamos de ella y nos creemos dotados de sentimientos nobles y elevados; tratando de bajeza, de locura y de extravagancia, la estimación que los santos hicieron de las humillaciones, y la santa emulación con que las abrazaron.

Si fueramos verdaderamente humildes, no nos vanagloriaríamos en manera alguna, ni por la nobleza de nuestro nacimiento, ni por las riquezas, honores y dignidades, ni por el talento, ingenio, belleza corporal u otros dones naturales: y jamás los convertiríamos en títulos de vana ostentación, ni nos preciaríamos tanto de tales vanidades, ni mucho menos tomaríamos de ellas pie para despreciar a aquellos que carecen de las mismas. Porque todos estos bienes no son nuestros, que solamente poseemos la nada, sino que Dios nos los ha dado por pura liberalidad, y su intención no pudo ser que nos envaneciéramos con ellos. Además, esos bienes, en manera alguna nos servirán de nada para la salvación. A más de que tal vez hemos abusado de ellos y han sido para nosotros ocasiones de pecado. No tenemos, pues, motivo para gloriarnos por tales naderías, sino que antes al contrario, deberían servirnos de estímulo para humillarnos.

Si fuéramos verdaderamente humildes, nos creeríamos indignos de la estima de los hombres y referiríamos a Dios todas las alabanzas que nos tributan, sin quedarnos nada para nosotros, puesto que lo consideraríamos como un robo hecho a su gloria. No temeríamos ciertamente sus desprecios, porque bien los hemos merecido, a lo menos por nuestros pecados. Más aún, nos alegraríamos de ser humillados y despreciados con la mira de satisfacer a la divina justicia. No debe hacerse nada que merezca la crítica, pero no conviene tampoco tomar exageradas precauciones para sustraerse a los juicios de los hombres; y cuando el ejercicio de la virtud nos diere ocasión de sufrir algunas calumnias, burlas o desdenes de parte de los

mundanos, deberíamos más bien alegrarnos por ello y compadecerles.

Si fuéramos verdaderamente humildes, serviríamos a Dios con mayor generosidad, convencidos de que nada merecemos y que es pura gracia de Nuestro Señor el que se digne aceptar nuestros servicios. Recibiríamos sus gracias con reconocimiento, y lejos de apropiárnoslas y complacernos en ellas, nos servirían para humillarnos, a vista de nuestra indignidad, y se las devolveríamos con la misma pureza de intención con que Él nos las dispensa.

El que es verdaderamente humilde no se desconcierta ni desasosiega al ver que Dios al parecer no atiende a sus peticiones y súplicas, sino que más bien las rechaza al parecer para probar su fidelidad y constancia; no tiene celos de que Dios dispense a otros sus favores y gracias, sino que más bien piensa, a imitación de la Cananea, que no es razonable arrojar a los perros el pan de los hijos; y se considera dichoso en recoger las migajas que caen de la mesa de su Señor. Si Dios le muestra rostro severo y le hace sentir algunos efectos de su justicia, se somete a Él con humildad diciendo con el Profeta David[1] : "Antes que me viniese el azote con que Dios me aflige y humilla, yo había hecho porqué; ya había yo delinquido: por eso callo y no me oso quejar, porque es mucho menos de lo que había de ser, conforme a mis culpas."

Así que, al alma humilde nada le acontece, por más penoso y humillante que sea, que no crea merecer todavía más. Lo único que pide es la gracia de poderlo sobrellevar con mérito y que Dios sea con aquello glorificado.

Por lo que respecta a sí, consiente gustosa en su propio anonadamiento, y toma lo que le acontece no sólo como una prueba, sino también como un castigo harto suave, en comparación de lo que merecen sus pecados. Aceptando así todo lo que Dios le envía que padecer, halla la verdadera paz de su alma en el continuo ejercicio de la humildad; preocupada de que Dios quede satisfecho,desea que recupere a expensas suyas lo que se debe a su justicia.

--------

1 Ps. 118 67.

Mas, ¿de qué medios podremos valernos para conseguir esta humildad? Santa Teresa de Jesús propone uno muy principal y eficaz, que es el conocimiento propio, pero acompañado del conocimiento de Dios. "Jamás nos acabaremos de conocer, dice, si no procuramos conocer a Dios. Mirando su grandeza acudamos a nuestra bajeza, y mirando su limpieza veremos nuestra suciedad; considerando su humildad, veremos cuán lejos estamos de ser humildes."

"Hay dos ganancias en esto. La primera, claro está que parece una cosa blanca, muy más blanca cabe la negra; y al contrario, la negra cabe la blanca. La segunda, es porque nuestro entendimiento y voluntad se hace más noble y más aparejada para todo bien, tratando, a vueltas de sí, con Dios. Si nunca salimos de nuestro cieno de miserias, es mucho inconveniente; porque nunca saldremos de temores, de pusilanimidad y cobardía; de mirar si me miran o no me miran; si yendo por este camino me sucederá mal, si osaré comenzar aquella obra, si seré soberbio, si me tendrán por mejor, y otras muchas cosas. Todo esto parece a algunos humildad, y viene de no acabar de entendernos. Tuerce el demonio el propio conocimiento. Por eso digo que pongamos los ojos en Cristo, nuestro bien, y allí aprenderemos la verdadera humildad; y en los Santos, y ennoblecerse ha el entendimiento,como he dicho, y no será el conocimiento rastrero y cobarde.Terrible son los ardides y mañas del demonio, para que las almas no se conozcan, ni entiendan sus caminos" [1]. Del propio conocimiento nacerá, pues, en nuestro corazón, la humildad verdadera, profunda, generosa, apacible e inalterable, que por una parte nos mantendrá en el lugar que nos corresponde, en calidad de pecadores, y por otra nos elevará por encima del mundo y sus vanidades, del demonio y sus astucias, y de nosotros mismos, haciéndonos grandes con la grandeza de Dios, fuertes con la fortaleza de Dios y santos con la santidad de Dios. Y esta humildad, lejos de enflaquecer y desalentarnos, crecerá más y más, y se robustecerá con las tentaciones, desprecios y humillaciones, porque el que es de verdad humilde, se huelga

--------

1 Moradas I, cap. 2º

con los desprecios y le son como una música muy suave, como observa Santa Teresa de Jesús[1]. "El verdadero humilde ha de desear ser tenido en poco, perseguido y condenado sin ser culpable. Porque si quiere imitar al Señor, ¿en qué mejor puede que en esto? Aquí no son menester fuerzas corporales, ni nada de nadie, sino de Dios"[2].

Mas como hay una humildad verdadera, puede haber otra falsa e inspirada del demonio. "La humildad verdadera, dice la misma Santa, aunque en ella se conoce el alma por ruin, y da pena ver lo que somos, y pensamos grandes encarecimientos de nuestra maldad, y se sienten con verdad, no viene con alboroto, ni desasosiega el alma, ni la obscurece, ni da sequedad; antes, la regala, y es todo al revés, con quietud, con suavidad, con luz."

"En la humildad que pone el demonio, no hay luz para ningún bien, todo le parece lo pone Dios a fuego y sangre; represéntale la justicia, y aunque tiene fe que hay misericordia, es de manera que no con suela... antes le ayuda a mayor tormento. Es una invención del demonio de las más penosas y sutiles y disimuladas" [3].

"Guardaos de unas humildades que pone el demonio con grande inquietud; la gravedad de los pecados, si merezco llegarme al Sacramento, si me dispuse bien; que no soy para vivir entre buenos. Llega la cosa a término de hacer parecer a un alma que por ser tal la tiene Dios tan dejada que casi pone en duda su misericordia. Todo le parece peligro... y sin fruto lo que sirve... Dale una desconfianza que se le caen los brazos.'.. Cosas de estas viniendo con sosiego, regalo y gusto, como le trae el conocimiento propio, son de estimar; mas si vienen con alboroto e inquietud y apretamiento del alma, creed que es tentación. Alguna vez podrá ser humildad y virtud tenernos por ruines, y otras será grandísima tentación[4].

"Mirad mucho, mirad mucho en este punto que os diré: porque alguna vez podrá ser humildad y virtud tenernos por tan ruín, y otras grandísima tentación; porque yo he pasado por ello lo co-

-----------

1 Ibid. IV, 1º
2 Camino de Perfección, cap. XXII.
3 Autobiografía, cap. XX.
4 Camino de Perfección, cap. LXVIII.

nozco. La humildad no inquieta, ni desasosiega, ni alborota el alma por grande que sea, sino viene con paz y regalo y sosiego. Aunque uno de verse ruín entienda claramente merece estar en el infierno, y se aflija y le parece con justicia todos le hablan de aborrecer, y que casi no osa pedir misericordia; si es buena humildad, esta pena viene con una suavidad en sí y contento, que no querríamos vernos sin ella: no alborota ni aprieta el alma, antes la dilata y hace hábil para servir a Dios. Estotra pena, todo lo turba, todo lo alborota, toda el alma revuelve; es muy penosa. Creo que pretende el demonio que pensemos tenemos humildad; y si pudiese a vueltas, que desconfiásemos de Dios"[1].

# XXIV

## Providencia de Dios sobre sus hijos

Dice el Apóstol San Pablo, que todas tas cosas contribuyen al bien de los que aman a Dios [2]. Como esta máxima es de continua aplicación en la vida espiritual, no será fuera de propósito fijar con toda claridad su significado, exponer las razones en que se funda y examinar las consecuencias que de ella se siguen.

El Apóstol dice: todas las cosas: luego nada exceptúa. Todos los acontecimientos ordenados por la Divina Providencia, prósperos o adversos; todo lo concerniente a la salvación del alma, bienes de fortuna, reputación; todas las condiciones de la vida humana y todos los diversos estados interiores por los cuales tenemos que pasar sucesivamente; privaciones, sequedades, disgustos, tedios, tentaciones; todo esto se convierte en bien para aquellos que aman a Dios : todo, absolutamente todo, hasta las faltas y los mismos pecados.

Claro está que debemos permanecer firmemente resueltos a no ofender jamás a Dios; pero si, por desgracia, llegáramos a ofenderle, las faltas y los mismos pecados graves, pueden conver-

----------

1 Camino de Perfección, cap. XXXIX.

2 Rm. 8, 28 Dios

tirse en ventajas de aquellos que le aman. Testigos David, San Pedro, San Agustín y tantos otros cuyos pecados contribuyeron a hacerles más santos, esto es, más humildes y reconocidos a la bondad de Dios y más ardientes en su amor.

*Todas las cosas se convierten en bien.* No se trata aquí de bienes temporales, sino espirituales: y esto no según la manera de ver y apreciar que tienen los hombres, sino según los designios amorosos de la divina Providencia.

Si hay alguna materia en la que nos hallamos expuestos a engaño, es ciertaniente en la que hace referencia a nuestros intereses espirituales. A menudo nos formamos acerca de ellos ideas muy falsas: nos sucede con frecuencia mirar como nocivo a nuestra alma lo que le es útil, y como ventajoso lo que en efecto le daña. Nuestro amor propio nos hace forjar acerca de esto extrañas ilusiones. Debemos, pues creer con firmeza inquebrantable, y sin fiarnos de nuestro propio juicio, que aun los acontecimientos más adversos y opuestos a nuestras miras naturales, dirigidos y encaminados por la Providencia de Dios, pueden contribuir al bien espiritual de nuestras almas, por más que nada comprendamos de sus de signios para con nosotros e ignoremos el término al cual nos han de conducir.

Mas todas estas trazas divinas no son un bien sino para aquellos que aman a Dios, esto es, para aquellos cuya voluntad está unida y sumisa a la divina, y que procuran ante todo los intereses y la gloria de Dios y el cumplimiento de su beneplácito divino; para aquellos que están dispuestos a sacrificarlo todo sin reserva, bien persuadidos de que nada hay tan ventajoso a la criatura como el ponerse en las manos de Dios, en todo lo que le plazca ordenar, y que en esto principalmente muestra que ama a Dios en verdad y de todo corazón. Esta verdad quiso darnos a entender Jesucristo cuando dijo: *El que ama desordenadamente su alma, la perderá; mas el que aborrece y mortifica su alma en este mundo, la conservará para la vida eterna* [1].

Aquel que ama a Dios de esta manera, puede estar seguro, pero con una seguridad absoluta, que todo lo que Dios disponga o

------------

1 Jn. 12,, 25.

permita respecto a él, se le convertirá en bien y aun en mayor bien de su alma. No lo comprenderá tal vez mientras dure la presente vida, porque Dios quiere que permanezca oculto a sus ojos a fin de poder ejercitar mejor su fé, pero cuando llegue el día de las eternas recompensas, admirará la sabiduría y la bondad infinita de Dios en la manera cómo conduce a las almas que son del todo suyas; entonces verá con pasmo que lo que pensaba debía perderla sin remedio, era precisamente lo que aseguró para siempre su salvación.

A decir verdad, no es muy dificil comprender el fundamento de esta máxima de San Pablo. Sólo Dios posee el verdadero secreto de la santidad; sólo El conoce y tiene a su disposición los medios que a ella conducen. El solo conoce además perfectamente nuestra alma, nuestros sentimientos, nuestro carácter y los obstáculos que en nosotros existen para alcanzar la santidad; sólo El conoce los secretos resortes que es preciso poner en juego, para conducir nuestras almas a las más elevadas cumbres de la perfección, sin violentar en lo más mínimo nuestra voluntad. El sabe perfectamente qué efecto producirá en nosotros tal acontecimiento, tal tentación, tal prueba; y de su parte todo lo tiene preparado para el buen éxito. Dios nos ama desde toda la eternidad; nos ha amado El primero, y no hay en nosotros nada bueno, ora sea en el orden de la naturaleza, ora en el de la gracia, que no nos lo haya dado. Nos ama con un amor infinitamente sabio é infinitamente perfecto; nos ama no con relación a la vida presente, que no es más que un viaje a la eternidad y una prueba, sino con relación a la vida futura, que es nuestro destino y nuestro fin. Siendo, pues. verdad innegable que cuanto acontece acá abajo, lo ordena y dispone Dios, con amorosa y sabia providencia, para que contribuya a la eterna salvación de los que les sirven, síguese de aquí que sólo la culpa podrá torcer el curso de esos amorosos designios de Dios y frustrarlos: y siempre que suceda que un acontecimiento no coopere a nuestro aprovechamiento espiritual, la causa no será otra que nuestra falta de amor y confianza en Dios, nuestra falta de conformidad con la divina voluntad. Porque mientras amemos a Dios con un amor real, efectivo y práctico, es completamente imposible que nada en el mundo

pueda retardar nuestro adelantamiento espiritual, más aún, que no concurra y contribuya al mismo.

Las consecuencias de esta máxima del Apóstol se extienden a todo y abrazan todos los momentos de la vida. La primera es, que si se quiere asegurar la propia salvación tanto cuanto sea posible, es preciso entregarse y abandonarse en las manos de Dios sin reserva y para siempre: no disponer de sí mismo para nada, independientemente de la divina voluntad; no prevenir, ni ordenar, ni determinar cosa alguna que no sea conforme en todo al divino beneplácito. No dar un paso ni hacer un solo movimiento para salir de la situación actual en que Dios nos haya colocado, ni siquiera desearlo: sino más bien, dejándonos llevar por el hilo de la providencia, someternos a los acontecimientos, a medida que llegan, y en el interior permanecer tranquilos, y sin temer nada, en el estado en que Dios nos ha colocado, sin suspirar por el cambio o término de él, por penoso que sea para la naturaleza.

La segunda consecuencia es que cuando nosotros no hayamos cooperado en nada a un acontecimiento externo o a nuestra disposición interior, debemos estar bien seguros de que aquel acontecimiento y esta disposición pertenecen al orden que la divina Providencia tiene sobre nosotros; y por consiguiente que es aquello lo que más nos conviene en el momento presente. Así, pues, debemos guardarnos muy bien de admitir juicios contrarios a lo que Dios ha ordenado, ni creer que aquello es un contratiempo que impedirá nuestro progreso espiritual; o bien que Dios nos ha abandonado y no se cuida ya de nosotros. A este falso juicio nos hallamos expuestos cuando no encontramos ya gusto en los ejercicios espirituales; cuando ya no sentimos aquella paz íntima de que antes disfrutábamos; cuando nos vemos asaltados de violentas tentaciones; cuando Dios retira todo apoyo exterior, hasta arrebatarnos tal o cual criatura en quien habíamos puesto nuestra confianza. Entonces lo cree uno del todo perdido, porque se halla sin apoyo, y como desamparado enteramente. Nada más lejos de la verdad, y por esto en tales circunstancias debemos redoblar nuestra confianza en Dios, seguros de que no defraudará nuestras esperanzas y que todo aquello lo convertirá en nuestro mayor provecho espiritual.

# XXX

## Preciosidad del alma

Si la religión humilla al hombre recordándole que ha sido sacado de la nada, concebido en pecado y con perversas inclinaciones al mal e incapaz de bien alguno sobrenatural; al mismo tiempo le engrandece y le inspira los más altos sentimientos de sí mismo, haciéndole conocer su naturaleza, su excelso destino y cuánto ha costado a Dios su salvación.

El alma humana por su naturaleza está dotada de la facultad de conocer a Dios y de la capacidad de amarle Su inteligencia, transportándose más allá de todos los seres creados y finitos, se eleva hasta el Sér increado o infinito, fuente de todo bien y de toda perfección; y concibe de El una idea clara, íntima e indeleble. Su voluntad fué creada para amar a este soberano bien cuyas perfecciones infinitas le propone la inteligencia. Y sus deseos, que no pueden verse satisfechos con la posesión de todo lo criado, pues se extienden más allá de los límites de la presente vida, son atraídos necesariamente hacia ese bien soberano, eterno e infinito, el único que puede labrar su entera felicidad. Si el hombre, pues, quiere ver satisfecho enteramente el deseo innato que siente de felicidad, es preciso que consagre todos sus esfuerzos y conatos a alcanzar la posesión de Dios.

Todo esto, lo lleva el alma grabado en el fondo de su naturaleza; y su razón se lo demuestra con toda claridad por poco que quiera reflexionar acerca de ello, sin que ni las preocupaciones ni las pasiones puedan ocultárselo. Todo lo que no es Dios, todo lo que no se refiera a Dios, es indigno de ocupar el espíritu y el corazón del hombre, puesto que no guarda proporción alguna con la inmensidad de sus aspiraciones y deseos, que no se contentan con menos que con la posesión de un bien infinito y eterno. Los mismos filósofos paganos comprendieron hasta cierto punto esta verdad; y por esto concibieron tan elevada idea de la dignidad del hombre y de su alteza incomparable. ¡Dichosos ellos si en la práctica hubieran seguido la luz de su razón y el instinto secreto de su corazón!

Pero no sólo está destinado el hombre a conocer y amar a Dios en la presente vida, sino también a poseerlo eternamente en la otra. Sería muy poca cosa para él poseer el don de la inmortalidad, si no estuviera destinado a juntarse un día a la fuente de la inmortalidad y a ser dichoso con la misma dicha inmensa de Dios. ¿De qué le serviría el don de la inmortalidad, si hubiera de contentarse con desearla siempre, sin llegar a conseguirla nunca? Esa natural aspiración, ese deseo constante, si no pudiera verlo satisfecho, le causaría un prolongado tormento. Tal es, pues, su último fin: el goce eterno de Dios. Sí, el hombre verá y contemplará a Dios en sí mismo; y esta vista y contemplación le llenará de una alegría inefable. La razón nos hace vislumbrar esta gran verdad; pero sóla la revelación nos la presenta a plena luz y nos instruye con toda claridad acerca de la misma. Y como este es un beneficio excelentísimo que no era debido a nuestra naturaleza, no podíamos tener conocimiento de él sino por una declaración expresa de Dios: y de aquí que no la hallemos consignada en los escritos de los más célebres sabios de la antiguedad pagana.

Mas adviértase que esta posesión eterna de Dios no se promete al hombre de un modo absoluto y sin condición alguna; preciso es que él la merezca por el buen uso de su libertad, durante su corta permanencia en la tierra. Dios por su parte, le ofrece y le da todo lo que necesita para alcanzarla. ¿Y en qué consiste ese buen uso de su libertad? En amar a Dios y servirle según la extensión de los conocimientos que le proporcionan de consuno la razón y la religión; en practicar cierto número de preceptos, cuya justicia la misma razón natural no puede menos de reconocer, hacia los cuales se siente inclinado todo corazón recto, y en cuya observancia el hombre encuentra acá abajo la paz y la felicidad.

¡Cuán grande es el hombre, considerado desde este punto de vista! ¡Cuán nobles son sus ideas, cuan elevados sus sentimientos, cuán puras sus acciones: cuán digno de la estima y amistad de Dios y de sus semejantes, cuando él piensa, habla y obra en consonancia con este sublime destino, sin perderlo nunca de vista, ni ejecutar acto alguno interno ni externo que de El pueda desviarle! ¿Qué uso puede hacer más legítimo y más

excelente de su razón y de su libertad? Y al revés, ¡cuán mezquino aparece, cuán insensato, cuán injusto y cruel contra si mismo, cuando ciñendo todas sus ideas y afectos a esa vida fugitiva, a esa vida frágil, de la cual no puede disponer ni un solo momento, se abaja y envilece codiciando unos bienes que no pueden llenarle en manera alguna, sino que siempre dejan vacio y hambriento su corazón! Y con todo, para poseer y gozar de esos bienes miserables, el hombre pisotea muchas veces la ley de Dios, exponiéndose a perder los bienes eternos que le esperan! ¿Puede darse locura comparable a ésta? ¿Puede llevarse más lejos la degradación de su sér? ¿Puede uno ser más enemigo del mismo? *Pasmaos, cielos, a vista de esto*, clama Dios por boca de su Profeta Jeremias, *y vosotras, oh puertas celestiales, horrorizaos en extremo, en presencia de semejante maldad. Porque dos maldades han cometido los hombres* (creados a mi imagen y semejanza, destinados a ser ciudadanos de mi reino y a compartir mi gloria y felicidad) *me han abandonado ami, que soy fuente de agua viva, y han ido a fabricarse aljibes rotos, que no pueden retener las aguas* [1].

Estos dos males, que parecen increíbles en un sér racional. son sin embargo muy frecuentes, aun entre los cristianos, redimidos con la sangre de Jesucristo, prevenidos con su gracia y alumbrados por los resplandores de la fe. En todas las naciones civilizadas, en el corazón mismo de los países alumbrados por la revelación, la inmensa mayoría de los hombres viven olvidados enteramente de Dios, le desprecian, le ultrajan y le miran como a su mayor enemigo; a pesar de que El les ha criado para sí y destinado a gozar de su felicidad; a pesar de que quiere hacerlos partícipes de su propia bienaventuranza, y les prohibe aficionarse desordenadamente a esos bienes caducos y miserables, indignos de ellos e incapaces de satisfacer las aspiraciones más íntimas de su corazón. Casi todos fijan los ojos en la tierra, que es el lugar de su destierro, y desdeñan mirar al cielo, que es su verdadera patria. No desean la inmortalidad si no es para poseer siempre los bienes de este mundo; y no se consuelan ante la aterradora perspectiva de la

------

1 Jerem. II, 12.

muerte sino con la esperanza de volver a la nada de donde salieron.

Más lo que pone el colmo a la grandeza del hombre y al desorden de su envilecimiento, es la consideración de lo que ha costado a Dios la salvación de su alma. El Verbo divino, el Hijo eterno de Dios, Dios como su Padre e igual en todo a El, se ha unido a la naturaleza humana, ha tomado una carne pasible y mortal, ha conversado entre los hombres, se ha dignado instruirles con sus palabras y ejemplos, y convertido en víctima voluntaria, quiso ser inmolado por la justicia divina para expiar los pecados de todos los hombres, reconciliarles con Dios, devolverles el derecho a poseer el reino de que habían sido desheredados, y procurarles todos los auxilios y medios que necesitaban por alcanzarlo. Lo que Jesucristo hizo y padeció por todos los hombres en general, lo hubiera hecho y padecido por cada uno de ellos en particular; de tal suerte, que no le hubiese parecido excesivo hacerlo por la salvación de uno solo. La salva- ción de un alma es, pues, el precio de la sangre de un Dios, el precio del mayor sacrificio que pudo hacer un Dios revestido de nuestra naturaleza. Esto es incomprensible, bien lo sé; y si este misterio no estuviera apoyado con todo el peso de las pruebas de la revelación, la razón humana no acertaría a darle fe. Mas siendo como es una verdad certísima que resplandece con meridiana evidencia moral, sin que lo pueda poner en duda ninguna inteligencia alumbrada por la revelación, ¿qué con secuencia deberemos sacar de ella? Que la dignidad y alteza del alma humana es realmente incomprensible a nuestra flaca razón, puesto que merece que por ella todo un Dios se abaje y anonade, que todo un Dios se sacrifique por salvarla y hacerla eternamente dichosa. ¿Cómo no concebir grande estima de aquello que el mismo Dios ha estimado en tanto? Y aunque para alcanzar nuestra salvación Dios nos exigiera un sacrificio igual al que se impuso Jesucristo a Sí mismo voluntariamente, todavía debería parecernos nada comparado con la eterna bienaventuranza.

¿Qué prueba además este misterio? Prueba que si el cristiano, a pesar de creerlo, por satisfacer una miserable pasión, consiente en perder su alma para siempre, inutiliza para sí los

sufrimientos, la muerte y el sacrificio de todo un Dios; y no sólo esto, sino que además los convierte en daño inmenso para su alma, y se fabrica un infierno mil veces más terrible y profundo que aquel de donde Jesucristo le ha sacado.

Por lo que respecta a nosotros, que creemos firmemente lo que Dios nos ha revelado, aprendamos a la vista de Jesús crucificado, cuánto vale nuestra alma, no la expongamos a perderse por nada de este mundo, ni la prostituyamos ante las criaturas; y para asegurar más y más nuestra salvación eterna, que tanto ha costado al Hijo de Dios, roguemos al mismo Jesucristo tome a su cargo el cuidado de conducirnos y guiarnos por la senda de la perfección cristiana. Un tesoro tan inestimable correría hartos riesgos en nuestras manos. Confiémosle, pues, a este Dios Salvador; hagámosle dueño de nuestra libertad, de la que tan fácilmente podemos abusar, y cuyo abuso nos traería tan terribles consecuencias. Puestos enteramente en sus manos, sostenidos por su gracia, que jamás nos faltará si no nos hacemos indignos de ella, nada tendremos que temer; puesto que El nos ama con más ardiente amor del que nos profesamos a nosotros mismos, y tiene sumo interés en nuestra salvación, a fin de asegurar por este medio el precio de su sangre y de sus padecimientos, y hacernos felices por toda la eternidad.

## XXXI

## De la pureza de intención

*"Si tu ojo fuere sencillo,* dice Jesucristo, *todo tu cuerpo estará iluminado"* [1]. Por el ojo en tienden los Santos [2] la intención, que mira y previene primero lo que quiere hacer; y por el cuerpo entienden la obra que se sigue luego a la intención, como todo el cuerpo sigue a los ojos. Pues dice Cristo nuestro Redentor, que lo que da luz y resplandor a las obras, es la intención; y así,

-----------

1 Mt.. 6,. 22.

2 Grag. Moral. lib. 38, cap. 3.

si el fin e intención de la obra fuere buena, la obra será buena, y si mala, mala; y si el fin fuere alto y perfecto, la obra también lo será. Si procuramos pues que nuestras intenciones sean rectas y puras, todas nuestras acciones serán santas y participarán de la verdadera luz, que es Dios.

La simplicidad en la intención supone la rectitud y la pureza de la misma. La intención es recta cuando uno procura no engañarse a sí mismo, esto es, cuando obra de buena fe y hace todo lo que puede para conocer y seguir la verdad. Semejante rectitud de intención es muy rara entre los hombres. Los errores, las preocupaciones, las pasiones, los vicios y hasta los menores defectos contribuyen a ello y falsean la conciencia en asuntos a veces muy impor tantes. Mientras no vivamos prevenidos y en perpetuo acecho contra las sugestiones del amor propio, que es sin duda alguna el más peligroso de los seductores, nos veremos expuestos, a todas horas, a torcer la rectitud de nuestras intenciones, buscándonos a nosotros mismos, aun en las obras más santas y que al parecer debieran estar mas exentas de la polilla del amor propio.

Es pura y recta la intención cuando no anda mezclada con elementos extraños; cuando mira a sólo Dios y no está inficionada por alguna mira del amor propio. Esta pureza naturalmente tiene sus grados, pero sólo las almas muy santas, desprendidas de todo lo criado y de sí mismos, llegan a poseerla en toda su perfección; como que propiamente hablando en esta pureza de intención consiste la verdadera santidad. Mientras en el servicio de Dios busquemos, más o menos embozadamente, las satisfacciones del amor propio; mientras en nuestras obras, por mas excelentes que en sí sean, nos dejemos llevar, por poquito que sea, del deseo de ser tenidos y estimados; mientras en todas nuestras acciones interiores y exteriores no pretendamos, como dice San Ignacio de Loyola [1], puramente el servir y complacer a la divina Majestad por sí misma y por el amor y beneficios tan singulares con que nos previno, más que por temor de penas, ni esperanza de premio (aunque debemos también ayudarnos de esto); mientras no busquemos en todas las

------

1 Const. S. J. P. 3, cap. I, n. 26.

cosas a Dios nuestro Señor, apartando, cuanto nos fuere posible, de nosotros mismos, el amor de todas las criaturas, por ponerle en el Criador de ellas; a El en todas amando y a todas en El, conforme a su santisima y divina voluntad; en una pala-bra, siempre que el yo entre por algún resquicio en nuestra intención, ésta será, no digo mala ni perversa, pero si mancillada de imperfección y no habrá alcanzado el grado eminente de rectitud y pureza que tanto agrada a Dios.

La sencilla intención excluye absolutamente toda multiplicidad; no se dirige a varios objetos sino a uno solo, que es Dios; y en Dios mismo no mira más que a su gloria, a su beneplácito, al cumplimiento de su voluntad. La intención simple es toda para Dios; el alma no atiende a sí para nada, ni cuenta consigo para nada. No quiere decir esto, ni mucho menos, que excluya sus verdaderos intereses, pero no para en ellos su atención y está dispuesta a sacrificarlos en aras de la divina voluntad, si Dios le exigiera semejante sacrificio. Cuando se ha llegado aquí, la intención es perfectamente sencilla y pura, y esta pureza y sencillez comunica a las acciones más insignificantes un valor inestimable; Dios las acepta, las mira como suyas y se complace en ellas, como que fueron hechas con la única manera de agradarle. ¡Oh! y cuán magnificamente serán recompensadas por Dios esas puras acciones del alma en aquel feliz momento de su tránsito a la eternidad! No hay duda que la obra más insignificante hecha con esta pureza de intención es de mayor precio a los ojos del Señor, que las más excelentes acciones, aun las más penosas y sensibles a la naturaleza, si en ellas buscamos nuestro propio interés. Es que Dios no mira tanto a la materialidad de nuestros actos, cuanto al principio de donde proceden; no le glorifica tanto lo que hacemos cuanto la disposición de nuestro corazón al obrar. No acertamos tal vez a concebir esto, porque no acabamos de desprendernos de nosotros mismos y porque el maldito amor propio se desliza en todo, lo corrompe y lo envenena todo. Pero si reflexionamos seriamente acerca de ello, nos convenceremos al punto de que no puede menos de ser así; puesto que aun nosotros mismos, en los servicios que se nos hacen, seguimos la misma regla que Dios. Estimamos menos

estos servicios por lo que en sí valen que por el cordial afecto con que nos los hacen. La diferencia que hay entre Dios y nosotros consiste en que nosotros no conocemos con toda certidumbre las disposiciones del corazón y Dios las ve. Por lo demás queremos ser amados y servidos por nosotros mismos; esto es lo que nos satisface, lo que nos vuelve caras y apreciables las menores atenciones que se nos tiene; en una palabra, preferimos más la voluntad sin la ofrenda, que la ofrenda sin la voluntad.

Y eso que nosotros no merecemos ser amados y servidos por nosotros mismos; porque sería una injusticia, y además un robo hecho a la majestad de Dios, si pretendiéramos que se nos amara de esta manera: mientras que Dios lo merece y sólo El tiene derecho a semejante amor; y esto por innumerables títulos, aún cuando, por su bondad infinita, no se hubiera comprometido a recompensarnos los servicios que le prestamos.

¿Y qué deberemos hacer para alcanzar semejante pureza de intención? En primer lugar pedírsela a Dios nuestro Señor con todas las veras de nuestra alma; ponernos enteramente en sus manos y rogarle que nos rija y gobierne, no sólo en lo exterior, por medio de la santa obediencia, sino más aún en lo interior con sus divinas inspiraciones. Que se posesione enteramente de nuestro espíritu y de nuestro corazón; que nos inspire siempre los pensamientos, afectos é intenciones que sean más dignos de El; que nos purifique de esa levadura de amor propio, que tan profundamente arraigada tenemos en nuestra alma, y que por los medios que sólo El conoce y puede aplicar, nos eleve por grados a esta sublime pureza de intención.

Por nuestra parte debemos poner especial empeño, desde el punto en que nos demos cuenta de que anda algo torcida nuestra intención, en rectificarla y enderezarla de nuevo, cercenando y rechazando cuanto haya en ella de imperfecto y desordenado, según las luces que el Señor nos comunicare. Esta luz variará según sea el diverso estado de perfección en que nos encontremos. Al principio tal vez sólo nos daremos cuenta de las imperfecciones de más bulto; limitémonos entonces a corregirlas y guardémonos mucho de pretender colocarnos de un solo salto en una pureza y rectitud de intención de que no

somos capaces. Dejemos obrar a Dios; secundemos con perseverancia la acción de su gracia, aceptemos los sacrificios del amor propio que tengamos que hacer, a medida que se presenten, sin prevenir en nada la acción divina, con fervores indirectos o imaginarios, y estemos seguros de que si correspondemos a ella con fidelidad, alcanzaremos una gran pureza de intención en todas nuestras obras.

Claro está que para ello no es necesario que, en cada acto que ejecutemos, nos recojamos interiormente para renovar la intención; basta tener habitualmente la intención general de complacer a Dios, conformándonos en todo con su santísima voluntad. Esta intención persevera en nosotros mientras no la retractamos directa o indirectamente, sin que haya necesidad de renovarla a cada paso, ni de reflexionar sobre ella, ni de que nos demos cuenta, por decirlo asi, de que la tenemos. Si notamos que en algo la hemos desviado, no hay sino rectificarla de nuevo, devolviendo con sencillez a Dios lo que nuestro amor propio había pretendido arrebatarle.

Esa intención general, que será bueno renovar todas las mañanas, y de cuando en cuando durante el día, contiene eminentemente todas las intenciones particulares y encierra en sí mayores perfecciones que todas ellas juntas. Y no sólo es más perfecta, sino también más ventajosa para el alma, a quien proporciona mayores bienes que todas las demás. Así, pues, no hay necesidad de proponerse, por ejemplo satisfacer por sus pecados por medio de tal obra, adquirir tal virtud por medio de tal otra, obtener tal gracia, u otras cosas por el estilo. La intención general de hacer la voluntad de Dios, comprende todo esto y tiene la ventaja de concentrar todos nuestros esfuerzos e intenciones en lo más perfecto a que podemos aspirar, que es conformar enteramente nuestra voluntad con la divina. A primera vista nos sorprende cuando leemos en la vida de Santa Catalina de Sena que no se preocupaba de ordinario en ganar indulgencias; pero mirada la cosa atentamente no hay motivo para ello. Porque ¿acaso no hacía aprecio de lós tesoros de la Iglesia? Fuera una insensatez el pensarlo. ¿Es que no formaría la intención general de ganarlas? Indudablemente que sí la formaba. ¿Acaso el no pensar en esto expresamente la privaba